

WIDOW



Dana Hart

En la cima hay un castillo, que topa con las nubes. Enmarcado por los árboles, de perfectas copas ovaladas. Por lo bajo una casa alta, con techos de teja y una chimenea. Todo es azul. La puerta está siempre abierta o siempre cerrada, depende de la vista. Dos ventanas laterales, pequeñas, justo encima. Una ventana redonda en frente, a lo alto. Otra más baja, y otra más. Lateralmente adosada, una construcción pequeña, que da la apariencia de ser un cuarto para el almacenaje u otro tipo de bodega. Un lago y flores, muchas flores, del tamaño de un tejado. Todo en azul.

Es una casa que no se parece en nada al resto de las casas, ¡contrastes! Las hechas de ladrillo, más frecuentemente, de dos pisos, adosadas y rectangulares, pintaditas de colores, con una puerta al frente y dos ventanas. Un pequeño adelante y otro pequeño patio al fondo, que

conecta todos los patios de la cuadra, mediante una medianera bajita, por la que las niñeces suelen jugar a trepar y escapar.

Willow tiene que salir de su mundo azul, cuando se despierta a las 5 de la mañana, para ir hacia el mundo exterior. Allí donde están todas las otras casas, donde Penco mezcla las contradicciones entre la tierra y el mar. Turistas en trajes de baño apretados, tomando el sol sin sus sombrillas, contrastando con cazadores de locos y una ciudadela fabril, que se abre paso entre arboledas.

Caminando por la Avenida Freire, puede verse el cartel azul de Fanaloza que dice “desde 1899”, y junto a él, los galpones de cemento y chapa grises, por las que asoman bocas metálicas para ventilar la fábrica.

El comercio se extiende abriendo locales, puestos de comida y diarios, personas que extienden sus

paños en el suelo, para ofrecer diferentes tipos de productos, algunos nuevos, otros usados. Es un vasto y fructífero sector, que atrae a grandes celebridades, como aquella vez en la que Priscila Presley y Brigitte Bardot, bailaron juntas en un boliche de Penco, escondidas de la prensa, que nunca se enteró. O esa otra vez en la que Richard Gere, llegó a la ciudad, ante los gritos fervorosos de la gente que le decía: “*Es Tony Lopanto, es Tony Lopanto*”.

Está tan cerca de Concepción, gran ciudad, que Penco puede pasar desapercibida. Y sin embargo, ha estado en la cima del estrellato. No es un lugar cualquiera, en el que reposan las entrañas humeantes de Fanaloza.

Llegando hacia la entrada, Willow ya no saluda al guardia que solía estar en una gaceta en la puerta. La gaceta está vacía. Entra y se dirige directo a su

sección. Desde las ventanillas del segundo piso, ya no miran hacia abajo, con caras vacías. El personal administrativo se ha declarado en paro, junto con la patronal. “*Es una suerte*”, piensa Willow, “*que se hayan ido*”.

Decenas de pallets estacionados en la puerta. Algunos pelados. Otros envueltos en loza. Tazas de baño dadas vuelta, empacadas, de un blanco radiante, que reciben de frente los rayos del sol. Pronto zarparán hacia el puerto, hacia otras tantas ciudades, a satisfacer las necesidades más urgentes de las gentes.

Antes había tazas para ricos y tazas para pobres. Hechas las primeras del más resistente material, adornos de todo tipo, tuercas, cañerías, espectacular tecnología traída directamente de Europa. Las segundas hechas para el bolsillo popular, que compraba la población a precio de

oferta, debido a las dificultades materiales para acceder al todo y a sus partes.

Se realizaba esa clasificación en tazas, que no era más que el fiel reflejo de las divisiones de la sociedad misma. Con la toma de la fábrica y la puesta de producción bajo el control de quienes la trabajan, después del paro patronal, esa clasificación fue cuestionada. Seriamente cuestionada. No solo al interior de la fábrica. No solo en referencia a las tazas. Fue cuestionada a nivel social. Cada lugar, cada sector, cada rincón, pensó, discutió y cuestionó ese problema a fondo. Instancias varias. Posiciones varias. Opuestas, contrapuestas, diversas, mezcladas, chocantes o encontradas. Ese problema se convirtió, en el asunto principal.

Como resultado, esa clasificación ya no existe, como mínimo, no a nivel de las tazas. Se produce

un solo tipo de taza, de buena calidad, tan hermosa como es posible, y se distribuye, muchas veces se permuta por otras necesidades de igual gravedad, como la comida.

Se usa mucho el trueque en el cordón, se lleva hasta Tomé. Se lleva hasta Santiago. Se trae. Se llevan y se traen pallets.

Willow se coloca los implementos de seguridad frente a su máquina, y esperó su turno para moldear los pies de lavamanos, que no pueden quedar con imperfección o grieta alguna.

- Oye Willow, weono, ¿vai al partido hoy?
- ¿A qué partido oie?, no cachaba que era hoy
- Si hermanes, hoy día, va con tercer tiempo ziii; su cervecita!
- Ya po, estamos listocos.

Una vez fuera del turno, se armó el infaltable partido de fútbol, en medio de un campeonato que

se jugaba con otras empresas del cordón. Willow se sacó su chaqueta azul, y le puso toda la pasión a la pelota, anotando dos goles que festejó con su equipo, como si hubiera ganado la copa del mundo.

Después del partido, el tan anhelado tercer tiempo, momento en el cual se prepara un asado, se comparten botellas, y se espera, que en el mejor de los casos, cada quien vuelva a su cada enderezadamente.

Aquel día, duró poco el tercer tiempo. Era un 4 de septiembre, cuando la Coordinadora de Cordones Industriales, hizo llegar una carta que decía:

“(...) Como trabajadores sentimos una honda frustración y desaliento cuando su Presidente, su Gobierno, sus Partidos, sus organizaciones, les dan una y otra vez la orden de replegarse en vez de la voz de avanzar (...)”.

La voz de alarma se encendió en todas las esquinas. Willow pudo olfatear en el aire lo que se vendría. Volvió a ponerse su chaqueta y volvió raudamente a meterse a su mundo azul, donde nunca se sabe si la puerta está abierta o cerrada.

FANALOZA

www.danahartescritora.com